



DOI: 10.25100/hye.v22i66.15111

Reseña

Una historia que mira hacia adelante
Gómez Buendía, Hernando: *La verdadera historia de Colombia: ¿De dónde venimos y para dónde vamos?*
Bogotá: Fundación Razón Pública y Rey Naranjo Editores, 2024. 823 p. ISBN: 978-528-7589-12-4.

Luis Felipe Valencia Tamayo¹

Universidad de Manizales, Manizales, Caldas.

Correo electrónico: lvalenciat@umanizales.edu.co

ORCID: 0000-0002-3798-3587



¹ Escritor y profesor de Literatura y Humanidades en la Universidad de Manizales. Ha hecho parte de revistas y antologías hispanoamericanas y colombianas de ensayo y de cuento. Premio nacional de cuento ciudad de Barrancabermeja 2012 (Alcaldía de Barrancabermeja, Colombia); finalista en el IX Certamen internacional de cuento Canal Literatura 2012 (Murcia, España); finalista en el Concurso internacional de cuento «Palabras Sin Fronteras» 2013 (Bruma ediciones – Mendoza, Argentina). Finalista del III Certamen e-DitARX de relatos breves de ficción histórica 2017 (Castellón de la Plana, España). Es autor del libro de reflexión historiográfica *Historia e historiadores* (Punto de Vista Editores, Madrid, 2015) y de las novelas *Ovidio y los santos perdidos* (Premio caldense de novela, 2019) publicada por Calixta Editores (2023) y *Los diarios del fuego y la ropa sucia* (Secretaría de Cultura de Caldas, 2024).

Forma de citar: Valencia, Luis Felipe "Gómez Buendía, Hernando: La verdadera historia de Colombia: ¿De dónde venimos y para dónde vamos? Bogotá: Fundación Razón Pública y Rey Naranjo Editores, 2024. 823 p. ISBN: 978-528-7589-12-4." *Historia y Espacio*. Vol. 22 n°66 (2026) e30315111 Doi: <https://doi.org/10.25100/hye.v22i66.15111>

Reseña



Esta obra está publicada bajo la licencia CC Reconocimiento- No Comercial - Compartir Igual 4.0

Cuando el paso del tiempo conlleva transformaciones vertiginosas se hace difícil entablar un diálogo con él a la misma velocidad. Apenas nos acomodamos al asombro de llamar “presente siglo” al siglo veintiuno y esconder tras la idea de “siglo pasado” al siglo veinte, y ya muchos libros de historia pueden resultar envejecidos en su tono. Bajo esa perspectiva en la que el tiempo, juguetón y misterioso, se desenvuelve sin consideraciones para los estudiosos y los historiadores, resulta todo un desafío construir una trama en la que se renueve la convicción por la historia “verdadera” y más aún la historia con tintes proféticos.

Pero así se ha querido arriesgar el intelectual Hernando Gómez Buendía con su narración de lo que ha pasado (y pasa) en Colombia bajo el sonoro título de *La verdadera historia de Colombia*. Es muy probable que el mismo autor tenga sus reservas con la elección de un título que, para la historia como oficio, representa el mayor de los desafíos. Ni siquiera por razones científicas la historia puede asumirse tan rotundamente verídica, pues la “ciencia de la historia” sigue siendo un debate del que estamos lejos de obtener el resultado favorable de unos acontecimientos que sean “claros y distintos”, completamente inobjectables. Pero tampoco puede ser “verdadera” a ultranza por razones técnicas, pues como se verá en este texto, esta *Historia* no está exenta de errores ni de las infaltables ingratitudes que la página impresa tiene con puntos y comas, y lo que es más triste, con fechas o datos.

La sabiduría de Gómez Buendía seguramente entiende todo ello de antemano, pues su vibrante pluma es dada a muy agradables conclusiones no solo sobre lo que pasa en la sociedad y las posibles soluciones, sino también frente a lo que puede ser la reflexión, la escritura y la historia como oficios siempre a despecho de la realidad. El libro es precisamente un matizado debate con el país que hemos sido y lo del exagerado título se va haciendo más llevadero a medida que notamos que se ha tratado sobre todo de una jugada comercial para atraer a muchos más a ese debate.

El texto, además, no apunta a una obra que se muestre como su contrario, como cuando en la expresión “esto es lo verdadero” se advierte de entrada que hay un texto falso. Seguramente, en el momento de plantearse la idea del rótulo con el que salió a la venta, también se asumió el lugar que tiene el adjetivo “verdadero” en la historia como disposición característica de lo que sea “oficial” o “importante”, en contraste con lo que resulta “apócrifo” o “espurio”. Y, sin embargo, muchas veces ha ocurrido que la historia verdadera “oficial” está bastante distorsionada de la que puede ser la verdadera “apócrifa”. En ese

sentido, la apuesta por el título llamativo no ofrece un panorama filosófico sobre el amplio debate que tiene el concepto de verdad en la historia. Sin embargo, en esa misma inocencia, *La verdadera historia de Colombia* se propone más bien como un manual de consulta y reivindicación de una versión de lo que ha ocurrido en este país para entender algunas persistentes causas y efectos de lo que en estas tierras ha pasado.

Otro aspecto que se puede valorar bajo el sublime concepto de “verdadera” es el de la intencionalidad del historiador, una característica que ha sido ampliamente analizada por filósofos de la historia e historiadores al intentar determinar aquello que pueda ser entendido como objetividad de la historia o la buena intención de querer ser objetivo ante el pasado y sus entresijos. Una historia, así, puede entenderse como el deseo de que sea verdadera, el intento de ser verídica, a pesar de que ideologías y versiones atenten contra el modo en el que aparentemente ocurrieron las cosas en fechas y hechos que se dicen en la prensa o en las crónicas de los momentos vividos. Sin embargo, no hay historia que deje de ser una versión reconstruida narrativamente de lo que ha sido el tiempo y sus eventos, y por ello la elección de “verdadera” es un abrebocas de buenas intenciones ante un desafío que supera siempre las fuerzas de cada historiador. Amparados en los anaqueles de “no ficción” lo que los historiadores perfilan con sus trazos es la noción de que dispusieron sus materiales de trabajo para relatar lo que parece ocurrió al observar el ritmo de los acontecimientos y las consecuencias en cada presente de lo que ha pasado.

Serenamente, Gómez Buendía demuestra en el trayecto de su *Historia* que sabe de lo que habla y que entiende los problemas que el oficio le plantea al tratar un tema tan elusivo como lo es el pasado. Su forma de encadenar el relato está matizada, naturalmente, por las fechas y personalidades que se eslabonan en la sucesión de causas y efectos de un país que ya no es el mismo de hace doscientos años pero que se reconoce como extensión de lo que ha pasado en este suelo llamado, hoy en día, Colombia. “Es bien probable que me haya equivocado al descifrar las hipotéticas claves del pasado que conservan relevancia o pertinencia para entender el presente y proyectar el futuro” (p. 791).

En el recorrido, algunos de los lectores podemos recordar aquellas imágenes que han marcado la ruta de los pesares nacionales y las consecuencias que cada década acarrea a las que le siguen. Lo importante aquí es que el maestro se esclarece a medida que avanza y demuestra sus facultades didácticas de buen guía para que su *Historia* salga adelante y se permita, incluso, mirar al futuro.

Así sea, como él mismo reconoce, sobre el soporte de “adivinanzas educadas” (p. 792).

4

Un libro de historia, a despecho del historiador de turno, también es una forma de autobiografía. Reconocer desde qué punto del tiempo se observa el pasado, aceptar qué hechos y consecuencias afectaron la vida misma de quien escribe, pueden ser elementos de apoyo para que un lector se percate de los matices biográficos con los que se encuentra. “Nada puedo afirmar sobre el gobierno elegido el mismo día que terminé mi libro” (p. 806), nos relata Gómez Buendía en las líneas finales de su *Historia*, y con ello advierte que, aunque se pronuncie sobre las probabilidades de lo que se avecina, nada podrá sostenerse a cabalidad, pues cada día será siempre una incógnita, aunque nos acostumbremos a la monotonía de sus horas. Algo sí sabemos del historiador y lo que estuvo haciendo el domingo 19 de junio de 2022. Él pone en una breve línea que la escritura de esta obra termina el mismo día en el que Gustavo Petro y Francia Márquez llegan a dar gesto a un nuevo modo de entender el poder, algo que, para bien y para mal, van a contar los historiadores del futuro.

El tono de Gómez Buendía como historiador resulta siempre muy cercano al del sociólogo que logra insertar las caracterizaciones de lo que pasa (en este caso, lo que ha pasado) a la luz de singulares movimientos del juego político y las coyunturas que definen los rumbos que toman las cosas. De ahí que su libro se lea como un relato del pasado al que se le integran varios cauces que, sinuosamente, van determinando lo que viene a ser una realidad palpable en el presente. Y si bien se le plantea al lector esa difícil intuición de lo que realmente sea Colombia, el historiador Gómez Buendía se las arregla para que tengamos una interpretación provechosa de esos conjuntos de eventos, personajes, situaciones, curiosidades, leyes, reformas, decretos, movimientos sociales, conflictos, crímenes, sermones, libros, viajes, contextos geográficos y hasta anécdotas que se agolpan en lo que pueda ser la historia de Colombia.

Los cauces pueden tener, eso sí, una visión panorámica de los acontecimientos. Por un lado, por ejemplo, puede ir el ajuste de la historia hacia la violencia, tanto la que se ha escrito con *v* mayúscula como la que se da aún como triste hilo estadístico para la definición del concepto de seguridad en los diferentes escenarios del encuentro entre los colombianos. Por otro lado, a la par, se subraya el cauce de la religiosidad católica que determina buena parte de los elementos de juicio sobre nosotros mismos y los demás. En esas páginas, se hace inocultable que somos un territorio de amplias ironías acerca de lo que entendemos como dignidad humana.

Una línea más de trabajo que atraviesa la interpretación del pasado de esta *Historia verdadera* es el cruce de caminos que marca el arribo —por llamarlo así en sintonía con lo que entra a un puerto— de la modernidad y la altiva inclinación de los colombianos a quedarse en la premodernidad o a tomar una caprichosa rebeldía posmoderna que, de una manera no menos altiva, también se ha instalado en la visión de algunas Facultades. Para Gómez Buendía, de hecho, no hay mucha distinción entre la premodernidad y la posmodernidad, lo que también puede ser un saludable guiño a la crítica que debe sacudir el sueño de las fantasías y de la sinrazón.

A esa línea se le agrega el panorama de las irreverentes relaciones que se han dado entre las clases sociales y la dimensión en las que ellas se han extendido —en hábitos y vicios, en defectos y virtudes— en una Colombia a la que se le considera tierra proclive para todos los ensayos democráticos. Bien hace en recordar y en insistir en ello el historiador: Colombia ha sido también la ruta de las elecciones, el destino de los líderes que en muy diferentes tonalidades, castas y contubernios han llegado a los cargos de elección popular. Rentismo, corporativismo, clientelismo se subrayan, a la vez, como fenómenos de una nación que se las ha arreglado para hacer y ajustar de buen agrado todas las posibilidades de la burocracia.

De otro tenor puede ser el reflejo de una versión histórica atada a los desafíos y retos que han enfrentado los presidentes de Colombia desde aquellos difíciles años de la independencia. En una manifiesta comprensión de lo que han sido en estas tierras los partidos liberal y conservador, el historiador apunta cómo deben ser recordados algunos de aquellos hombres y cuáles, naturalmente, ni siquiera merecen mención (también por razones técnicas, pues no es una historia de los presidentes). En esos rasgos, se pueden notar cómo las aguas de los cauces mencionados anteriormente se conectan una vez más para definir las décadas y el tono de las viejas constituciones, así como lo que llegó a ser la carta magna de los, a veces infames, años noventa del siglo veinte. No son gratuitas las alusiones a quienes desde el poder perfilaron plenamente el rumbo de los ríos, como Rafael Núñez Moledo, Alberto Lleras Camargo o Álvaro Uribe Vélez. Y en cada vertiente también se subrayan los eternos problemas de injusticia, desigualdad y corrupción que, como males macondianos, parecen enraizados en la historia (la alusión a García Márquez es parte de los motivos de casi todos los historiadores colombianos y Gómez Buendía tampoco se le quita).

Podría redondearse el marco de las líneas que atraviesan la visión panorámica de esta *Historia* en una muy útil revisión de lo que ha pasado

con la economía, el comercio y las formas de entender el mercado nacional e internacional. Gracias a ello se han vivido los momentos de bonanza y también se ha comprendido nuestro lugar como sociedad (analfabeta o culta, artística o científica, optimista o pesimista) en un mundo que, sin ir muy lejos, nos ha mirado con tierna indiferencia. De la Colombia que buscaba su economía entre el tabaco o la quina, al país que se convirtió en el garante del mejor café, a la nación que se hizo un lugar en los mercados más sombríos del mundo y luego a otra que encontró en el petróleo una fuente de aire fresco, la *Historia* nos renueva la invitación a estar atentos a los azarosos caminos que puede tomar nuestro destino sin una comprensión lúcida de lo que aportamos a los demás. Como nuestro fuerte no han sido los diálogos sobre el conocimiento, la racionalidad, la disciplina educativa o cultural, entonces siempre llegamos tarde a la comprensión de un rol mucho más protagónico en los cauces de una historia a veces más siniestra, como lo es la historia del mundo. Es fácil imaginar que el historiador Gómez Buendía echa ahora en falta un capítulo más sobre lo que han venido siendo las relaciones internacionales al arribo de Donald Trump al poder en los Estados Unidos y por segunda ocasión (desde 2024).

La historia que se escribe en esta *Historia verdadera* es una propuesta que se articula, pues, en un complicado tejido de amplias interpretaciones. El mérito de Gómez Buendía es el de hacer amable lo difícil gracias a su talento para conectar hechos, lugares, personajes y fechas con la trama que sazona la habitual causalidad que busca todo historiador. Como es obvio, y a pesar de la extensión de este libro, los límites para que la historia verdadera sea a la par completa son bastante desiguales y, del mismo modo, a la escritura final e impresa del texto se le nota la ausencia de un mejor editor y la pérdida de ajuste ante lo que un texto de historia debe mantener como hegemónico: el carácter sacramental de los años y las cifras como son. Si un libro de historia tiene errores en el manejo de estos datos, ¿qué podría pasar con la lectura de la historia? No siempre los lectores están ahí para enmendar. Sin ir muy lejos, basta señalar un par de erratas sobre las que inmediatamente se asienta esta última reflexión. Otro lector y un corrector más atento seguro verá otras perlitas. Por un lado, dice la *Historia verdadera*, en la página 551, refiriéndose a las garantías del Tratado de Paz con las FARC, que el partido Comunes recibió “cinco curules en Senado y otras cinco en Cámara [...] entre 1918 y 1926”. Un error que lleva cien años de distancia histórica y que a otros lectores condenará a una interpretación errónea de aquellos diálogos. Y la segunda errata se da en el espacio dedicado a hablar de los periódicos de la historia colombiana

(p. 776), lugar en el que el historiador pone la fundación del diario La Patria, de Manizales, en el año 1930, cuando en realidad este periódico es anterior a muchos en la lista, establecida su real fundación en 1921.

Menos mal, el sabio Gómez Buendía no insiste ni se arroja en su estilo en el pretensioso título que ha puesto a su libro. De hecho, la obra es un conjunto de brillante humildad en la que no se atosiga con lo de “verdadera” y hasta se prevé, más bien, que estas cosas curiosas pudieran pasar.